

El 25 de mayo de 1890, á eso de las dos de la tarde, Elena y Aurora se paseaban por el parque, cuando atrajo su atención el ruido de un coche que entrando por la avenida se dirigía hacia el castillo.

—Es el doctor—dijo la señorita de Solmes.

El coche del médico de Paimpoin hacía un ruido tan especial que no era posible confundirlo con el de otros.

Pronto desembocó del paseo de los olmos seculares y salió de la sombra para entrar en la luz.

Las dos jóvenes salieron al encuentro del médico, quien al verlas se apeó, y llamando al jardinero, le dijo:

—Antonio, hacedme el favor de llevar el coche á la cochera.

—A vuestras órdenes, señor Chambry—contestó el jardinero.

El doctor no había cambiado mucho.

Sus cabellos estaban un poco más grises, su cara más arrugada, pero tan bondadosa como siempre.

Examinó un instante á sus dos jóvenes clientes y les dijo:

—Parece que no vamos mal, ¿eh?

—No, doctor.

—Bien decía yo que la primavera pondría las cosas en su estado, unas cuantas semanas más y estaremos frescas como unas rosas.

Se dirigió á Elena de Solmes y la preguntó con aire de profundo interés:

—¿No sufrimos?

—No, doctor.

—Vamos, vamos todo va bien.

Aurora preguntó á su vez;

—¿Tenéis muchas visitas, doctor?

—Poca cosa... la mujer de Coudray que ha cogido una bronquitis, pero es fuerte, no ocurrirá nada. Acabo de verla... El abate Asselin con su catarro, es la vejez, no se puede hacer nada. Es preciso vivir con su enemigo.

—¿Y noticias del país, doctor?

—A fe mía, señorita, no sé ninguna... ¡Ah! sí... Tenemos una, pero que no os interesa sin duda... Los restos de la Abadía de Paimpoint están vendidos.

—¡Oh! ¡Cómo gozaría yo allí!—exclamó Elena.

—¡Vos!

—Infinitamente; ¡aquello es hermoso!

—Es hermoso, pero es triste—dijo el doctor, repitiendo tal vez sin saberlo una frase célebre.

—¡Es hermoso!—dijo de nuevo la joven.—Aquel magnífico estanque de agua verdosa con sus pájaros, sus juncos, sus orillas cubiertas de grandes árboles... Y los edificios cubiertos de yedra y rodeados de jardines...

—¿Quién es el feliz propietario?—preguntó una voz que hizo volver al mismo tiempo las cabezas del médico y de las dos jóvenes.

Era la castellana de la Forge que se presentaba de improvisó.

El doctor contestó.

—Alguien cuyo nombre debéis conocer.

—¿Por qué?

—Se habló mucho de él el año pasado.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de un crimen.

El médico se detuvo comprendiendo que se metía en un camino de travesía,

Pero había ido ya demasiado lejos.
Aurora había comprendido.

—El señor de Caylus murmuró, poniéndose colorada.

—Precisamente.

—¡Ah! ¿es el señor de Caylus el que ha comprado la Abadía?—preguntó Magdalena.

—Sí.

—No se ha hablado de esa venta.

—Ha sido hecha en secreto en París.

—¿Cómo lo habéis sabido vos?

—Muy sencillamente.

—No vivo lejos de eso que se puede llamar las ruinas, ayer á las ocho de la noche recibí la visita, de un buen mozo que parece ha sido granadero. Venía á pedirme informes acerca de el país. Me dijo que su amo llegaría dentro de pocos días y que el venía á prepararle el alojamiento, que su señor sería un buen cliente mío, y que se consideraría feliz al encontrarse al lado de un médico.

—¿Por qué?—preguntó Magdalena.

—Porque su amo está enfermo del corazón.

Aurora, de colorada que se había puesto en un principio, se cambió en pálida.

El doctor no se fijó en esto y continuó los elogios de los nuevos habitantes de Paimpoint.

—El mayordomo se llama Mario Chavert; me entregó quinientos francos en buenas monedas de oro, y me dijo:

«—Esto para vuestros pobres.»

Yo le contesté:

«—Entre nosotros no los hay.»

«—¡Bah!»

«—No. Tenemos lo que nos hace falta.»

—Pensaba en vos, bien entendido—dijo el doctor, dirigiéndose á Magdalena.

Y añadió:

—Sin embargo, me dejó los veinticinco luises diciéndome: «Cogedlos, no os faltará á qué destinarlos».—Me pedís noticias; ahí las tenéis.

Aurora se cogió del brazo de su amiga, y sonriendo al doctor, se alejó para ocultar su emoción.

Cuando Magdalena se quedó sola con el médico:

—¡Estábamos tan tranquilas, doctor!—le dijo.—Y he aquí que nos llega otro motivo de inquietud.

—¿Cómo, pues?

—Ese joven que acaba de comprar Paimpoint.

—Y que va á habitarlo.

—¿Creeis?

—Ciertamente. Esta mañana han llegado de Rennes carros cargados de muebles. Todo lo que desembalan es nuevo, pero muy sencillo. Hay una legión de carpinteros, cerrejeros y papelistas, que con seguridad en pocos días lo dejarán todo arreglado.

Magdalena suspiró.

Entonces el doctor repuso:

—Yo no veo por qué puede molestaros la llegada de ese joven.

—¿Vos no comprendéis?

—Se dice que esos Caylus son sumamente ricos.

—En efecto.

—Y la familia es de las más honorables.

—Cierto.

—¿Pues bien?

—No os acordáis doctor... Eso es reavivar recuerdos crueles aun.

El doctor Chambry se puso como el carmesí.

—¡Ah! Os pido perdón balbució. ¡Qué tontería he cometido!... Me olvidaba... Soy un aturdido.

—En un castillo que pertenece á los Caylus en Auvernia, fué donde se crió Aurora...

—En efecto.

—Allí conoció á los dos hermanos... Ambos se interesaron por ella... El jóven, el que acaba de comprar Paimpoint, la prestó un servicio con gran delicadeza... Cuando ella tuvo que abandonar Auvignac para procurar vivir de su trabajo, él fué quien la dió dinero para el viaje

—¡Eh! pero—exclamó el doctor, eso habla muy bien en su favor.—No vendrá á reclamar esa cantidad supongo yo.

Magdalena trató de sonreír; pero estaba demasiado preocupada para poderlo hacer.

Adivinaba el objeto del marqués.

Enamorado de Aurora quería acercarse á ella.

Suspiró repitiendo.

—¡Estabámos tan bien, solas en este país tan tranquilo doctor!

Se dirigió con él hacia el castillo.

Y cuando llegaron al saloncito en donde habia estado en otros tiempos hablando con Jaime Fugeret pocos días después de su crimen, y escribió estas líneas deprisa:

«Amigo mío :

»Sobreviene una complicación.

»Tenemos un nuevo vecino, ó más bien vamos á tenerlo.

»Es un joven á quien conocéis, que acaba de comprar los restos de la abadía de Paimpoint y debe instalarse en ella dentro de pocos días.

»Su llegada al país, en donde estamos casi solas en esta estación, no deja de causarme alguna inquietud; lo que comprenderéis cuando sepáis el nombre de ese comprador.

»Siento mucho molestaros; sin embargo, si no os retiene nada en París, os agradecería que nos consagrasedis unos días é hicierais un pequeño viaje á esta Bretaña bienhechora que yo no quisiera abandonar hasta que la curación de mis dos enfermas fuera definitiva y completa.

»Está en vías de serlo.

»Aurora está cada vez más tranquila y me habla con frecuencia de vos.

»Os doy ocho días para vuestros preparativos.

»En ese tiempo no espero ninguna complicación.

»Venid y creedme.

»Vuestra afectísima.

»MAGDALENA.»

Puso el sobre :

«Señor Conde de Brancur.

»Calle de la Baume.

»PARÍS.»

Y dirigiéndose al doctor, que se paseaba por

el salón y pasaba revista á los cuadros y á los muebles.

—¿Vais hacia Plelan, amigo mio?—preguntó.

—Sí, señora.

—¿Pronto?

—Dentro de un instante.

—¿Queréis hacerme el favor de poner esta carta en el correo?

—Con mucho gusto.

—¡Sobre todo no la olvideis en el bolsillo!

—No tengais cuidado.

—Es que tengo interés en que esté mañana en Paris.

—¿Es tan urgente?

El doctor Chambry miró el sobre.

—Es á vuestro consejero á quien escribís?

—Sí.

—¿Queréis que venga?

—Lo antes posible.

—¿Y es á causa de la adquisición de Paimpoint?

—Tal vez.

—¿Creeis que pueda causaros algún trastorno?

—No lo creo, pero tengo miedo. Además, os diría todo. ¿No sois también mi consejero, doctor? No olvideis la carta.

—Es como si estuviera ya en el buzón.

El médico salió, portador del mensaje, acompañado hasta su coche por la casteliana, que le repitió en el momento de su partida:

—Sobre todo no olvideis...

—No, no.

Fustigó á su caballo, y muy pronto llegó á San Juan del Desierto.

Al pasar por delante del cementerio se paró un momento para ver unos obreros que acababan de colocar una enorme piedra de granito sobre una tumba que el cesped no cubría aun.

Era la de Jaime Fugeret.

El deseo del desgraciado general estaba cumplido.

Había vuelto á su pais natal, cerca de sus padres, y solo allí gozaba de un descanso que no había conocido jamás.

Un hombre de unos cuarenta años, vestido como un propietario de aldea, vigilaba el trabajo.

El doctor le llamó amistosamente.

—¡Piriac!

—¡Doctor!

—¿Queréis dar una vuelta conmigo?

—¿Adónde vais?

—A Plélan.

—¿Y volveréis?...

—Por el camino más largo. Vamos, montad. Me haréis compañía.

—Bueno.

Piriac hizo algunas recomendaciones á los canteros, se puso al lado del médico y el coche partió.

—¿Cómo va?—preguntó el doctor.

—Bastante bien.

—¿Os vais acostumbrando al pais, Piriac?

—¡Sí, ya lo creo!

—¿Está concluida vuestra casa?

—Casi, casi. Ahora están reparando la antigua vivienda de los Fugeret. No he querido destruirla. Tenía sitio al lado... El jardinito existe aún... Quiero conservarlo.

—Ese es un buen sentimiento,

—¿No debo yo todo á ese pobre Jaime?
Piriac lanzó un gran suspiro.

—Y además, doctor—añadió,—tengo una idea.

—¿Vos?

—¿No me creéis capaz de tenerla?

—Sí, ¿por qué no?

—Necesito una mujer... Pensaréis que no puedo vivir así, solo, en esa nueva construcción...

—No es difícil encontrarla...

—¡Sí, una buena!

—No tenéis más que buscar.

—No, no—exclamó Piriac;—conozco una que me haría feliz.

—¡Una!—dijo el médico.—No es mucho.

—Si esa no me quiere, no sé en verdad lo que será de mí.

—No faltan otras...

—Me es lo mismo—dijo Piriac.—Para mí no hay más que ella.

—¿Entonces, qué haréis?

—Veré.

—¿Tenéis esperanza de decidirla?

—No me atrevo á pensarlo...

—¿Dónde está?

—No lejos de aquí.

—¿Brígida?—exclamó el doctor?

—Acertasteis... Nunca he querido más que á ella.

—No me choca. ¿Lo sabe ella?

—Tal vez lo sospeche, pero yo no se lo he dicho nunca.

—¿Queréis que?...

—¿La habléis por mí?

—Sí.

—¡Ah! doctor, ese sería un verdadero favor.

—¿Y vuestros intereses con ella?

—Está arreglado el asunto.

—¿Están hechas vuestras particiones?

—Todo está concluido.

—¿Qué ha correspondido á cada uno?

—Cinco mil francos de renta.

—¡Bonita suma! Estais hecho un capitalista.

—¡Pobre Fugeret!—murmuró Piriac.

Llegaron á Plelan.

Plelan es una villa muy pintoresca y muy alegre, situada en la carretera de Lorient á Rennes.

El doctor Chambry no tenía allí más que clientes y amigos.

La encargada del correo, una viuda muy joven, guapa y dispuesta, estaba á su puerta. El médico la llamó para darla la carta de Magdalena.

Ella le saludó muy cariñosamente y dirigió á Piriac un «buenos días» muy afectuoso.

—Cuando yo decia que no faltaban mujeres—observó el doctor.—Hé ahí una buena, Piriac.

—Sí, pero no es la que quiero—contestó Piriac lanzando un suspiro.

En el tren.

El expreso que sale de la estación de Montparnasse para la Bretaña, á cosa de las nueve de la mañana, iba á ponerse en marcha.

Las portezuelas de los coches estaban ya cerradas; la máquina silbaba cuando un rezaga-

do entró en el andén á toda prisa, abrió la portezuela del primer coche que se presentó ante él y se sentó sin cumplidos en un rincón que encontró libre.

Ya era tiempo.

La locomotora silbó con fuerza y el tren rodó hacia Versalles.

Entonces el recién llegado examinó á un compañero de viaje, á quienes había saludado militarmente al entrar.

—¡Señor de Caylus!—dijo sonriendo á su vecino de enfrente.

—¡Señor de Brancur!—contestó éste.

—¡Por qué casualidad!

—Voy á Bretaña. ¿Y vos?

—Yo también.

—¿A qué punto?

—A las inmediaciones de Rennes.

—¡Qué casualidad! Yo también.

—¿Pero de qué lado?

—Voy á decirlos...—contestó el joven, ruborizándose ligeramente.—Como se ha apoderado de mí el deseo de vivir aislado, y he encontrado una verdadera ocasión...

—¡A vuestra edad! ¡Vamos! ¡No tenéis aún ni veinticinco años!

—Es verdad; pero pronto los cumpliré, coronel.

—Sois una criatura...

—A quien sus desgracias han envejecido—añadió Jorge de Caylus con melancólica sonrisa.

—Dejemos el pasado; pensemos en el presente. ¿Decís que vais á Bretaña?

—Sí.

El coronel se tocó de pronto la frente.

El comprador de las ruinas de Paimpoint, cuyo nombre no le daba Magdalena, porque era muy fácil de adivinar, era su compañero de viaje.

Quiso complacerle en dejarle explicarse.

El cojito dijo:

—He comprado allí una antigua casa medio arruinada, pero cuyo carácter me conviene.

—¿Se llama?

—Paimpoint, la antigua abadía... ¿Vos la conocéis?

—Ya lo creo. Está á dos pasos de la Forge, adonde voy.

—¿A casa de la señorita Arvil?

—Sin duda; pero no podreis vivir allí.

—Sí, sí.

—¿Habeis visto ese nido de ratas?

—No, pero he enviado á un hombre de confianza, y éste me escribe diciéndome que todo está preparado.

—¿Ya?

—Sí, y aun habrá una habitación para mi madre.

—¿Piensa ir por allí?

—Dentro de pocos dias.

—¿Espero que tendremos el honor de recibir vuestra visita?

—Desde luego, con mucho gusto.

—Encontrareis en la Forge una mujer muy feliz...—dijo el coronel.

—¿La señorita de Arvil?

—Y que lo será más cuando el tiempo haya dulcificado ciertos recuerdos.

—¿Sois amigo suyo, coronel?

—Y su admirador... ¡Qué mujer!

Toda la apasionada ternura del anciano se

manifestaba en estas dos palabras expresadas en un ardor contenido.

—Y su hija se parece á ella—murmuró el joven, quedándose profundamente pensativo.

El señor de Brancur se absorbió también en sus meditaciones, y se puso en la portezuela, mirando vagamente desfilas el paisaje ante él, hasta llegar á las cercanías de Rambouillet.

Allí reanudaron la conversación.

El coronel preguntó á Jorge de Caylus.

—¿Cómo vais á vivir en vuestro claustro?

—Muy sencillamente.

—¿A lo trapense?

—No del todo.

—¿Tenéis criados?

—Mario, mi cocinero; Santiago y alguna criada del país que tomaremos. He hecho que me traigan libros, y estos sabéis que son siempre buenos amigos.

—¿Caballos?

—No... Si se necesitan se pedirán á Rennes.

En aquel momento paró el tren, y la voz estentórea de un empleado gritó:

—¡Chartres!

El coronel dirigió su mirada habitual, siempre que estaba de paso por aquella capital del país del trigo; á sus soberbios campanarios y poco á poco se durmió profundamente.

Entonces Jorge de Caylus se entregó á sus meditaciones.

El tren seguía su marcha.

Al pararse en la estación de Le Mans, la brusca sacudida despertó sobresaltado al coronel de Brancur.

—¿En dónde estamos?—preguntó.

—En donde debemos almorzar, creo, coronel.

—Buena idea. ¿Entonces nos apeamos?

—Como queráis.

—¿En el buffet ó en el tren?

De común acuerdo se decidieron por almorzar en el vagón-restaurant.

Mientras hablaban, el coronel estudiaba á su compañero de viaje, que le preguntó:

—¿Vais á estar mucho tiempo en?...

—¿La Forge?

—Sí, coronel.

—Todo lo más que pueda. Me encuentro allí muy bien, siempre que esté la dueña de la casa... Tengo una pasión...

—¿Por ella?

—Sí... Y desde hace mucho tiempo... y profunda é inalterable... con todas las cualidades y defectos, en fin, de las grandes pasiones.

El coronel podía estar atormentado por una pasión enorme, pero ésta no le quitaba el apetito.

Se reía y devoraba.

—Sí - repuso. —¿Pero no comeis?

—Os escucho, coronel.

—Pero yo hablo sin que esto me impida hacer honor á la cocina, que es execrable... ¿No os parece?

—Me es igual.

—¡Ah juventud!... Decía que mi pasión no me impide apreciar los talentos de un buen jefe de cocina. El objeto de esta pasión no necesito decíroslo.

—¡La señorita de Arvil! —exclamó sonriendo el joven.

—¡Bien entendido!..., ¡Yo no lo oculto!... ¡Lo

á la Forge, subió á su cuarto, después de haber paseado algunas horas por el jardín.

Mario Chabert, que le acompañaba, inspeccionó con una mirada la cama, la chimenea en que el fuego moría, y preguntó al joven:

—¿No necesita nada el señor marqués?

—No, gracias.

Se dirigió hacia la puerta; pero volviéndose desde el medio de la habitación:

—Espero que iréis mañana allí—dijo, extendiendo el brazo hacia la Forge.

Jorge hizo un gesto de incertidumbre.

—¡Vamos!—repuso Chabert.—¡Estáis de-seándose! ¿Qué teméis?

El marqués suspiró.

—¿Ser mal recibido?—continuó Mario.—¡Quisiera ver yo eso!

Y sin esperar contestación, añadió:

—¿Habrà alguna mujer que no os quiera, á vos, el mejor de los hombres? ¿Y si ella os gusta, no sois dueño de vuestras acciones? ¿Vais á decirme que la señora marquesa?... ¿Puede negaros nada?... ¿O que esa criatura no tiene padre?... ¡Qué importa eso!... ¡Es una joven valiente y buena! ¡Nosotros lo sabemos bien!... ¡Que piensen lo que quieran los demás! Pensadlo bien, y buenas noches, señor marqués.

Cuando Jorge de Caylus quedó solo; se dijo que Mario tenía razón.

Era preciso concluir.

Si ella no le quería, si le rechazaba, se consolaría viajando.

El mundo es grande.

Pero estar tan cerca de ella sin verla, sin hablarla, esto era intolerable.

En cuanto á la marquesa, ¿qué diría cuando él la confesara aquella pasión que hasta entonces había permanecido tan secreta?

Se puso al balcón.

El cielo estaba sereno.

Jorge permaneció largo rato contemplando el hermoso panorama que, alumbrado por la luna, se desarrollaba delante de él.

Después cerró las puertas vidrietas, y tomando su partido, se colocó delante de una mesa y se puso á escribir.

La carta era para su madre y escribió lo que sigue:

«Querida madre.

»Estad desde luego segura de que yo no haré nada contra vuestros deseos.

»Pero debo abrir mi corazón y no debo callar por más tiempo el secreto que me pesa y que he guardado hasta hoy.

»Cuando me habéis hablado de matrimonio, si os he contestado con evasivas ha sido porque comprendía que solo una mujer en el mundo podía decidirme á abdicar de mi libertad y he vacilado en pronunciar su nombre delante de vos.

»Hoy ha pasado tiempo sobre nuestras desgracias.

»Vos no dudáis de mi cariño al hijo que habéis perdido, á ese hermano á quien yo consideraba como otro yo.

»Por causa de esa á quien yo amo, murió.

»Tengo esa convicción.

»Hé ahí como comprenderéis mi incertidumbre, mis temores.

»Sin embargo, solo la fatalidad lo hizo.

» Esa joven es inocente.
 » Vos lo sabéis
 » Si yo tuviera la menor duda, si la sombra de una sospecha pudiera recaer sobre ella, huiría, aunque tuviese que irme al último rincón del mundo.

» Sé lo que vais á decirme:
 » No tiene apellido.
 » Es hija de una falta.
 » Teneis mucha razón, y yo voy más allá.
 » No ha nacido de una debilidad, si no de un crimen.

» Su madre fué inocente y desgraciada.
 » Su padre, impulsado por un atentado odioso por una feroz pasión, estaba dotado sin embargo de un corazón noble.

» Lo probó por una vida de bravura y por un fin trágico.

» El coronel de Brancur, vuestro amigo, de cuya palabra no podíais dudar, os lo atestiguará.

» Ayer he visto la tumba del desgraciado á quien un minuto de extravío envenenó la existencia.

» No ha querido sobre la piedra que cubre su fosa más que este nombre que os digo, pues es preciso que lo sepais todo.

«GENERAL FUGERET.

» ¡Aurora es su hija!
 » ¡El mundo lo ignora!
 » El general ha muerto joven y voluntariamente.

» ¡Qué más os diré, si no que amo á Aurora, que solo ella puede asegurar mi felicidad,

y la vuestra sin duda, mi querida madre!

» A vos toca decidir ahora.

» Dadme un consejo.

» Decidme vuestros deseos.

» Mañana la veré; pero no pronunciaré una palabra que pueda dejar adivinar mi pensamiento, á menos que me deis vuestra autorización.

» Haré una simple visita de vecinos á la señorita de Arvil, cuyo castillo de la Forge está á pocos kilómetros de Paimpoint.

» Escribidme, querida madre, aconsejadme.

» O más bien, venid,

» Os lo suplico.

» Y creed en el respetuoso y apasionado cariño de un hijo para quien sois antes que todo.

» JORGE DE CAYLUS. »

P. D. Son cerca de las diez y la carretera de Paimpoint á Rennes es excelente.

» Voy yo mismo á poner esta carta en el expreso de Paris, á fin de que llegue á vuestro poder mañana por la mañana.

» No hay más que unos treinta kilómetros, y esto está pronto recorrido con una buena bicicleta.

» Si venís, ponedme un despacho.

» Iré á buscaros á Rennes.

» Os abrazo cariñosamente.

» *Abadía de Paimpoint, 6 de junio 90.* »

Al día siguiente, á las diez de la mañana, recibió Jorge el telegrama siguiente:

« Sabía todo. Llegaré mañana á las nueve de

la mañana. Sal á recibirme á Rennes. Confío en ti. Deseo tu felicidad.»

Su alma de enamorado se estremeció de alegría.

Entonces, por la primera vez acaso, después de la muerte de su hermano, su cara se alegró.

Ya no tenía más que interrogar á aquella Aurora que sabía que era tan franca, tan cariñosa, y á quien esperaba convencer.

Mario Chabert quedó sorprendido del cambio operado en su amo.

—¿Buenas noticias?—preguntó alegremente

—Sí, amigo mío.

Jorge estaba preparado para una excursión en bicicleta.

Llevaba uno le esos trajes poco comunes entonces y que la moda ha vulgarizado después: zapatos, medias, pantalón corto, americana desahogada de paño azul marino y sombrero de fieltro, blando.

El traje era sencillo, pero muy elegante.

—¿Adónde vais?—preguntó Chabert.

—A dar una vuelta.

—¿Hacia qué lado?

—No estoy cierto.

Chabert mostró con el dedo los bosques de la Forge, y dijo sonriendo:

—¿Hacia allí?

—Tal vez; sin embargo, es un poco temprano.

—Nunca es temprano para hacer bien.

Jorge montó en su bicicleta y partió.

Sentía una irresistible necesidad de acercarse á aquella Aurora, que llenaba toda su alma.

No tardó en llegar á la plaza de San Juan del Desierto, y se decidía á volver atrás y dejar su visita para después de almorzar, juzgando que era demasiado temprano para presentarse en la Forge, cuando apercibió á un *gentleman* que le hacía señas con las manos.

Era el coronel de Brancur.

En aquel momento salió del presbiterio una mujer sencillamente puesta, pero de una elegancia parisiense.

Era Magdalena de Arvil.

No había medio de ocultarse.

Jorge de Caylus hizo un pequeño esfuerzo y llegó con su máquina al lado de sus dos vecinos.

Saltó al césped, saludó á la señorita de Arvil y dió la mano al coronel, que le dijo:

—¿Por fin venís á vernos?

El joven se excusó, poniéndose colorado como una amapola.

—Tenía tantas cosas que hacer... tanto que arreglar... porque apenas estaba instalado.

—¿Espero que almorzaréis con nosotros?—preguntó Magdalena,

¿Cómo rehusar?

Magdalena añadió:

—Os encontraréis con numerosa compañía... mi amiga la señora Chagny y su tía... Conoceréis á nuestro cura, el excelente abate Asselin... un anciano muy respetable. También estará vuestro vecino el doctor Chambry... Todos buenas gentes... ¡Ya veréis!

Aceptó.

Y los tres se dirigieron hacia la avenida.

Pero al pasar por delante del cementerio le ocurrió una idea al joven.

Apoyó su bicicleta contra la pared diciendo:

—Soy con ustedes.

Quería volver á ver la tumba de que hablaba la víspera en su carta á la marquesa de Caylus.

Estaba adosada á la cabecera de la iglesia.

Dos sauces y grandes bojs la ocultaban á la vista cuando se entraba en el cementerio.

Jorge de Caylus se dirigió hacia aquel lado. De pronto se detuvo.

Una joven estaba de rodillas sobre la lápida. Al ruido de los pasos de Jorge se levantó. Sus ojos se encontraron.

Aurora bajó la cabeza y se puso pálida.

Jorge se acercó á ella y la dijo:

—No os creía aquí, he venido ayer también. Quería dedicar un recuerdo al que reposa debajo de esta piedra,

Se inclinó al oído de Aurora y añadió con emoción:

—Por vos es por quien he venido á este país. Os veré luego en la Forge... tengo una gracia que pedir á vuestra madre, pero antes es preciso que os hable... ¿Queréis?

Aurora se inclinó sin responder y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el granito de la tumba.

IV

Bajo los sauces.

Eran las dos de la tarde.

El almuerzo de la Forge había terminado hacía largo tiempo.

Había sido bastante alegre, gracias á dos de los huéspedes de la castellana.

La señora Chagny y el coronel de Brancur.

Jorge de Caylus, parecía mal á gusto, turbado sin duda por la agitación de aquella á quien su presencia renovaba tan dolorosos recuerdos.

Colocado al lado de la señora Chagny, contestaba distraidamente á las preguntas maliciosas con que esta le agobiaba.

—¿Por qué retirarse á aquellas ruinas de Paimpont? ¿Era por dedicarse al estudio y al retiro? ¿Renunciaba definitivamente á Satán, á sus pompas y vanidades, es decir, á París, á su lujo, á sus fiestas y á sus tentaciones?

¡A su edad, en la flor de su juventud, esto era inverosímil!

Cuando se levantaron de la mesa, la hermosa rubia dijo con decisión á su joven vecino:

--Dadme el brazo, os lo suplico, y visitaremos la Forge y su parque.

Jorge se apresuró á complacerla.

—¿Tal vez—observó la rubia con intención—preferiríais el brazo de otra?

Salieron al parque.

Cuando llegaron á la vuelta de un paseo que iba á parar al estanque de la Forge, en el mismo en que Jaime Fugeret había permanecido tantas veces contemplando las ventanas de Magdalena, vieron, sola, sentada bajo un macizo de sauces, cuyas ramas se inclinaban hacia el agua, una joven que con la cabeza apoyada en el tronco de uno de aquellos árboles parecía absorta en profundas meditaciones.

Era Aurora.